

LOS RECUERDOS DEBEN SERVIR DE ALGO MAS QUE PARA RECORDAR.

JOSÉ BOLÍVAR GÓMEZ DE URDA

Carmen, atendiendo la llamada de Cristo, imitando el camino que, en su día, emprendieron grandes santos como Juan de Dios, Francisco, Teresa y tantos otros, tomó la decisión de dedicar su vida al servicio de los pobres.

Se impuso la tarea de recoger niñas abandonadas a las que instaló en su propia casa. Allí, además de resguardarlas de la intemperie, vestirlas y alimentarlas, les enseñaba a leer y escribir y las cuatro reglas, además de instruir las en la doctrina cristiana.

Al principio todo fue bien, mientras pudo sufragar los gastos con la venta de sus propiedades. Lo malo vino cuando estas se agotaron. La bienhechora quedó tan pobre como sus pupilas.

Treinta años después coincidí con una joven que frisaría los cuarenta. Cuando se enteró que yo era de Alcalá entre sorprendida y alborozada me espetó:

- Yo de pequeña viví allí.

Un corto silencio parecía insinuar que la conversación había terminado. Ambos sabíamos que no. El mutuo interés nos incitaba a continuarla. Por mi parte sentí gran curiosidad en saber quién era. Debería de conocerla aunque sólo fuese de vista, siendo como éramos casi de la misma edad. Le pregunté que en qué calle vivió y de qué familia era. Su respuesta me produjo una sensación extraña. Me sentía culpable por todo el suplicio que hubo de pasar esta desconocida junto con sus compañeras.

Habían transcurrido muchos años pero, mientras la escuchaba, aumentaba mi malestar.

Estaba arrepentido de mi comportamiento: el haberle hecho ascos a determinados platos con la simple excusa, no del todo cierta, de que no me gustaban, mientras había tanta gente que moría literalmente de hambre. A partir de entonces dejé de ser un dengue: los alimentos más rechazados pasaron a ser mis preferidos; jamás volvería a alegar que un determinado plato no era de mi gusto. Además hice votos para que si, con mi industria, algún día acumulase un pequeño capital, destinaría todo o parte

del para mitigar los males de nuestros hermanos más necesitados. Posiblemente lo oportuno sería la creación de una Fundación, de carácter benéfico-cultural, que dotaría con diversos bienes, biblioteca, archivo documental, etc., que sería base para la realización de las más diversas publicaciones. De esta forma, las disponibilidades que pensaba dedicar a fines caritativos, se verán incrementadas, de manera substancial, gracias al efecto multiplicador de pasarlas por la edición y venta de libros.

Si no hiciere algo de este tenor no me consideraré buen cristiano ni siquiera persona de bien.

La conmovedora historia de esas desdichadas, escuchada de boca de una de sus protagonistas, me produjo una impresión tan triste que nunca podré olvidar. En aquel tiempo las desgracias de estas indigentes no importaron demasiado a sus coetáneos como tampoco hoy, la de los millones de seres que mueren de inanición mientras nosotros, los privilegiados, los “del primer mundo”, como nuevos Epulones preferimos dar las sobras a nuestros perros antes que socorrer a tantos Lázaros como malviven a lo ancho y largo de esta tierra insolidaria.

La historia de esa chica, de la que no recuerdo el nombre, terminó de esta guisa:

Cuando me quedé huérfana me llevaron a Alcalá. Durante un tiempo fue mi hogar una casa grande, inhóspita y destartalada que regentaba una señora muy mayor a la que todos llamaban la madre Carmen. Algunas niñas, principalmente las de mayor edad, no le tenían ningún respeto, la insultaban y se mofaban de ella, exigiéndole comida o cosas de las que ella no disponía.

Con una paciencia infinita y la sonrisa en los labios les contestaba diciéndoles que, al día siguiente, iba a ir a la casa de unos señores que le habían prometido entregarle comida y otras cosas que les vendrían estupendamente.

Las sacaba de paseo y, en fila de a dos, recorrían el pueblo parándose en algunos portales, tratando de sacudir las conciencias de los pudientes que, aunque algo daban no era suficiente para aliviar la pesada carga que la madre Carmen, por amor de Dios, se había echado sobre sus espaldas.

Las más resabiadas, que como es lógico eran las mayores, con frecuencia se escapaban. Unas mendigaban por su cuenta y otras

se prostituían y hacían pequeños servicios que le proporcionarían unas perras con que “matar el hambre”.

Cuando se cansaban de andorrear por las callejuelas empinadas, de las faldas de la Mota, regresaban al internado donde sabían que, al menos, contaban con un refugio donde pasar la noche. El manjar de una sopa caliente con unos mendrugos de pan, antes de ir a la cama, no siempre era posible

Allí pasé unos años de extrema pobreza donde sufríamos también de los abusos de las mayores que trataban de pervertir a las de menor edad, entre las que me encontraba.

Pese a las buenas intenciones de la madre Carmen los muchos problemas y la falta total de recursos acabaron con su salud. A su muerte, el destino de las pupilas fue bastante deprimente: las más afortunadas encontraron una casa decente donde trabajar, de sol a sol, por la comida y la cama y, en el mejor de los casos, una pequeñísima cantidad en efectivo. Las más, para poder subsistir, tuvimos que prostituirnos, con la mirada puesta en encontrar algún día la oportunidad de poder cambiar de vida; yo, afortunadamente lo conseguí. Me casé y formé un hogar como nunca había conocido, pero me quedó la pena de ver como a otras compañeras, enfermas y alcoholizadas, el cruel destino devolvió a la misma calle en donde, años atrás, la madre Carmen las recogió. Entonces, aunque tarde, lamentaron el trato hosco que le dispensaron mientras vivía; me comentaron que si el tiempo pudiese volver atrás su comportamiento sería muy otro, colaborarían con ella y, al menos, entre todas, hubiesen logrado un final mejor tanto para ellas mismas como para la desinteresada protectora.

Y para terminar esta historia yo añado que, un apoyo más decidido del gobierno y de la ciudadanía de Alcalá, hubiese redundado en que la vida de esas niñas no hubiese alcanzado cotas tan deprimentes de indigencia y el recuerdo de la madre Carmen no hubiese quedado relegado al olvido.